

Antón Costas

# Nos haremos daño

Quizá porque desde que llegué a Catalunya, a primeros de los años setenta, me tocó vivir una larga etapa de *seny* y progreso político, nunca había comprendido bien lo de la *rauxa* catalana. Ahora comienzo a entenderla.

Un observador imparcial, que no se juegue nada en el envite y vea los toros desde la barrera, debe de estar intrigado viendo cómo una parte de la sociedad catalana –aproximadamente un tercio del censo electoral– parece haber perdido la aversión al riesgo y se deja ganar por la adrenalina de las apuestas fuertes, del tipo “todo o nada”. Por la tentación del éxtasis nihilista: la idea de que no hay límites a lo que uno pueda desear.

¿Cómo entender esta *rage de vouloir conclure* de la que ya habló Gustave Flaubert? Hay dos hipótesis.

La primera es que ese tercio –en buena parte clases medias profesionales y empleados y funcionarios públicos– piense que hay que aprovechar la ocasión que brinda la crisis para dar un paso adelante y que no hay riesgo para ellos en el envite. Dado que, sea cual sea el resultado de la apuesta, ellos no perderán. Pero me parece una hipótesis cogida por los pelos y un poco ofensiva.

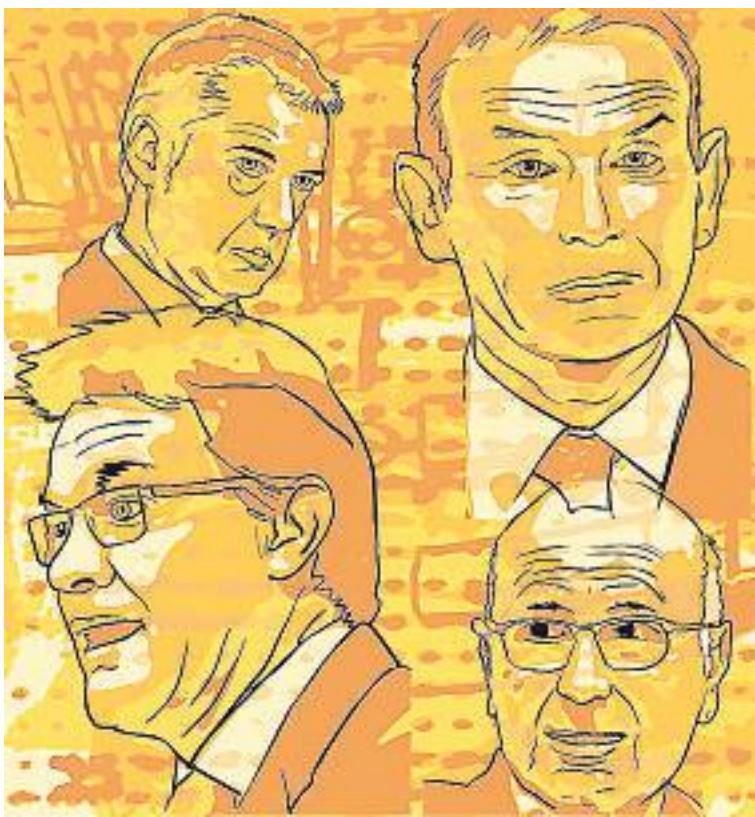
La otra es que no sean del todo conscientes de los riesgos a los que puede conducir el experimento de la independencia. O que siéndolo, los minusvaloren. Especialmente aquellos riesgos que los clásicos llamaron los “efectos no deseados de nuestras acciones”.

¿Cuáles pueden ser esos efectos no deseados de la independencia? El debate gira alrededor de los costes económicos y de la salida de las instituciones europeas. Pero no son los únicos. Ni los más relevantes. Para mí el riesgo más importante es que, aún sin desearlo, acabemos haciéndonos daño en lo más importante para una sociedad: la convivencia y el progreso social.

El verdadero obstáculo para la independencia no es el Estado, sino la pluralidad

de la sociedad catalana. Si la gran mayoría de catalanes quisieran la independencia, no habría Estado que lo pudiese impedir. Pero no es así. Tenemos preferencias políticas diferenciadas. Este es un hecho molesto para los independentistas, pero no lo pueden obviar.

La pluralidad social es el principal hecho diferencial catalán. La opción independentista es una opción política más, tan legítima como cualquier otra. Pero no puede forzar la situación aprovechando



IGNOT

su posición de poder institucional. De lo contrario, nos haremos daño.

¿Cuál es la salida? Para muchos está en que desde el Gobierno y las instituciones del Estado se formule una alternativa al reto independentista. No estoy de acuerdo con este argumento, al menos totalmente.

La salida al actual callejón ha de surgir de la propia sociedad catalana. Tiene que aparecer una fuerza política capaz de representar el deseo mayoritario de mejora del autogobierno, pero permaneciendo en España. Ese fue el papel histórico de CiU y del PSC. Hoy no existe una fuerza política capaz de aglutinar el catalanismo. Pero surgirá, porque lo que existe en la realidad social acaba teniendo su reflejo en la vida política.

Lo sucedido en Euskadi me sirve de ejemplo. El reto independentista lanzado por el lehendakari Juan José Ibarretxe tensó la sociedad vasca y acabó con su presidencia. El PNV salió tocado y quedó fuera de muchas instituciones. Pero, bajo el nuevo liderazgo de Íñigo Urkullu, supo dar un paso atrás. Recompuso su discurso político en clave nacionalista, no separatista. Los resultados los cosechó ya en las elecciones de diciembre del 2012 con la vuelta al Gobierno. Y los ha consolidado en las recientes elecciones municipales que, mediante un acuerdo de estabilidad institucional con los socialistas, han permitido al PNV lograr el mayor poder desde 1987. Una mayoría de vascos quieren permanecer en España, pero gobernados por Urkullu.

Esta salida a la vasca no es hoy posible en Catalunya. No hay nada similar al PNV, ni un liderazgo como el de Urkullu. La vieja coalición de *Convergència i Unió* se ha roto. Y *Convergència* ha desaparecido en el órdago. Las elecciones del 27-S nos darán una primera pista. Pero la recomposición del sistema catalán de partidos tardará

En todo caso, ¿quién tiene hoy por hoy la principal responsabilidad de evitar que nos hagamos daño? A mi juicio, los independentistas. Creo que, pensando en el interés general, deben dar un paso atrás. Un paso atrás que no significa renunciar a sus

aspiraciones, sino someterlas a la disciplina de dos virtudes clásicas: la prudencia y la templanza.

Los líderes de la coalición independentista tienen que hacerse la pregunta de cuáles son los límites que no pueden traspasar los experimentos sociales. A esta pregunta el gran pensador liberal Isaiah Berlin contestó que hasta aquel punto en que las consecuencias comiencen a ser irreversibles. Creo que en Catalunya comienzan a serlo: la fractura social interna. Si no se frena, el escenario para los próximos años es una mezcla de frustración, melancolía, conflicto social y desorden político. Esa mezcla no permite construir nada bueno. Pero estamos a tiempo de evitarla.●

Pilar Rahola



## El condicional

Es lo que tiene el condicional, que resulta ser un futuro posible, aunque su espectro probable sea muy amplio. Y es ahí donde se le ha ido la boca al ministro Morenés. Podía haber empezado la frase por la segunda parte, y habría quedado bonito: “No hará falta ningún tipo de actuación (militar en Catalunya) como la que usted plantea”. Pero los políticos españoles nunca pierden la oportunidad de perder todas las oportunidades, y por si acaso la expresión hubiera quedado demasiado democrática, el bueno del ministro tiró de sus estudios en *El florido pensil* y empezó la frase con el condicional. Ese “si” que lo cambia todo..., ay..., y lo ensucia todo. No pasa nada, no haremos nada, todos quietos parados, ni un solo tanque en la calle si... Y a partir del si, poco más que hablar porque cuando un gran proceso político, ciudadano y pacífico necesita de un condicional militar para ser respetado, ya no estamos en el terreno de la democracia, sino de la represión y la violencia. Ergo, deja de ser un campo de juego democrático.

Como tengo para mí que todo esto sólo es ruido, que España no puede enviar los tanques a una ciudadanía

## Faltaba el espantajo de la intervención armada, y zas, previsibles como son, han sacado el espantajo

pacífica que se expresa democráticamente en pleno siglo XXI, y como además no es permisible en la Unión Europea –ni en los acuerdos suscritos por los miembros de la OTAN–, doy por sentado que estamos ante el enésimo argumento del miedo, el último de una gradación cada vez más estridente. Ya han sacado una cantidad ingente de fantasmas del armario, que si nos arruinaremos, que si nos quedaremos flotando en la estratosfera, que si nos echarán de Europa, que si no podremos pagar a los maestros, que si perderemos los títulos universitarios, etcétera. Faltaba el espantajo de una intervención armada, y zas, previsibles como son, han sacado el espantajo. Eso sí, con el lindo condicional, no fuera que parecieran simples protagonistas del No-Do.

Y ¿ahora qué? ¿De qué les sirve, adónde les lleva, qué sentido tiene estar todo el día asustando con el fin del mundo a unos catalanes que ya han demostrado que están vacunados ante las amenazas? ¿Realmente creen que ese es el tipo de planteamientos que seducirá a los irredentos y frenará el independentismo? ¿Tan mal están de argumentación y, aún peor, de capacidad propositiva? Ciertamente lo de la nula capacidad de ofrecer propuestas es de traca, porque no hay postura más demoledora para los pactistas y sus terceras vías que tener que lidiar todo el día con unos mensajes del reino salidos del tren de la bruja. En un lado del campo de juego, catalanes ilusionados que anhelan un cambio histórico y de un país nuevo; en el otro, unos políticos españoles sin argumentos que sólo desprecian y amenazan, sin dar ni una sola opción a un tímido cambio. ¿Realmente creen que a la ilusión se la combate con el miedo?

Pues deben de ser muy ilusos o estar muy desconcertados.●

Pablo Foncillas y Albert Muntané

# Contagiar ‘e-mocionalmente’

Hace años se demostró que los estados de ánimo se contagian, es decir, que aquellos que están tristes o contentos pueden transmitirlo a otros.

¿Se puede hacer digitalmente? Hace meses se publicó un artículo en el que los autores (profesionales ligados a Facebook y la Universidad de Cornell) afirmaban que se pueden transferir estados emocionales a otras personas a través del contagio emocional, sin que haya interacción física entre personas. Llamémosle *e-mociones* (emociones electrónicas). Su argumentación se basa en un experimento realizado en Facebook en el 2012 en el que se influyó (o manipuló) el muro de 689.003 almas, de forma que el

usuario veía en él informaciones positivas o negativas. A partir de ahí se analizó qué tipo de contenido publicaba ese usuario, observando que aquel que había visualizado información negativa transmitía a su vez mensajes negativos, y viceversa. Llevado este ejercicio al extremo, se podría llegar a afirmar que Facebook puede hacernos sentir mejor o peor. ¿Polémico? Sigán leyendo.

Imaginense ahora que cualquier red social, dado que sabe que puede influir en el estado de ánimo de las personas, presenta a sus “clientes” una serie de informaciones para crear un “momento negativo” y a continuación se le muestran anuncios de objetos o servicios que generen algún tipo de bienestar (por ejemplo, noticias relacionadas con un desastre, pongamos un incendio en una casa, sobre los que otros amigos hayan escrito un post, acompañadas de anun-

cios de seguros para el hogar). Según acabamos de ver estaríamos más cerca de comprar. ¿Podemos ir un paso más allá y aprovecharnos un poco más del estado de ánimo de esta persona? ¿Podemos influir en el precio que esté dispuesto a pagar el consumidor? La respuesta es sí. ¿Cómo? Modificando el precio que se le presenta al usuario, aplicando una técnica que se llama *dynamic pricing*, para así conseguir generar un mayor ingreso para la empresa anunciante. ¿Por qué? Porque al haber influido en el estado de ánimo se está más inclinado a contratar el producto y eso contribuye a subir el precio.

La idea es sencilla, pero su puesta en práctica es difícil por la complejidad tecnológica que requiere. Además, podemos evitarlo si nos educamos digitalmente, es decir, si desarrollamos anticuerpos *e-mocionales*.●